

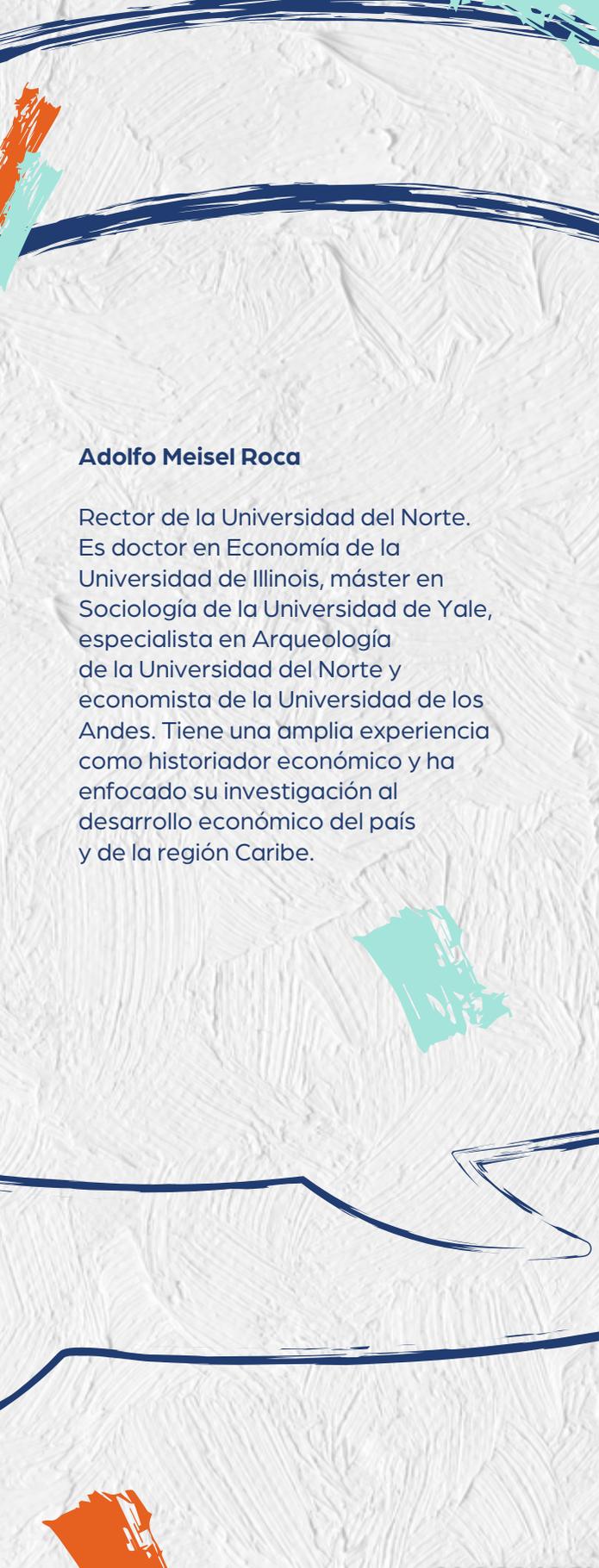


Adolfo Meisel Roca

UN OBSERVADOR DEL CARIBE

SELECCIÓN DE COLUMNAS DE OPINIÓN

EDITORIAL
uninorte



Adolfo Meisel Roca

Rector de la Universidad del Norte.
Es doctor en Economía de la Universidad de Illinois, máster en Sociología de la Universidad de Yale, especialista en Arqueología de la Universidad del Norte y economista de la Universidad de los Andes. Tiene una amplia experiencia como historiador económico y ha enfocado su investigación al desarrollo económico del país y de la región Caribe.

Un observador del Caribe

Selección de columnas de opinión

Meisel Roca, Adolfo,

Un observador del Caribe: selección de columnas de opinión / Adolfo Meisel Roca. – Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2023.

288 páginas : ilustraciones ; 24 cm.

ISBN 978-958-789-514-8 (impreso)

ISBN 978-958-789-521-6 (PDF)

1. Artículos de prensa – Caribe (Región, Colombia) -- Selección. 2. Artículos de prensa -- Colombia. 3. Periodismo -- Caribe (Región, Colombia). 4. Caribe (Región, Colombia) -- Aspectos sociales. 5. Caribe (Región, Colombia) -- Aspectos políticos. I. Tít.

(070.44098611 M515) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

UN OBSERVADOR DEL CARIBE: SELECCIÓN DE COLUMNAS DE OPINIÓN

Fuente: El Espectador - Comunican S.A. 2023

© Editorial Universidad del Norte, 2023

Adolfo Meisel Roca

Coordinación editorial

María Margarita Mendoza

Asistencia editorial

Fabián Buelvas

Carlos Arias

Corrección de textos

Henry Stein

Ilustración de portada

José Antonio Covo Meisel

Diseño de portada

Silvana Marulanda

Diseño y diagramación

Álvaro Carrillo Barraza

Revisión arte final

Munir Kharfan de los Reyes

Impreso y hecho en Colombia

La Imprenta Editores S.A. (Bogotá)

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Prólogo	xi
Presentación	1
1. LA IDENTIDAD DEL CARIBE NUESTRO	5
Tubará	7
10 de octubre	9
Camino a Cocoplum Bay	11
San Jacinto I.	13
Cocina del Caribe	15
La Loma de Albornoz	17
La Colombia que trabaja	19
El mote de queso	21
COVID-19 desde la periferia.	23
Los sonidos de la ciudad	25
Cocina de inmigrantes.	27
Cinco apuestas	29
2. MÁS EDUCACIÓN, MÁS MOVILIDAD SOCIAL	31
¿Las roscas, la suerte o el esfuerzo y el talento?	33
El placer de investigar en la nueva BN.	35
La educación como libertad.	37
¿Más subsidios para Bogotá?	39
Apostando por los mejores	41
Regiones y proyectos	43
¿Cañones o mantequilla?	45
Un proyecto para el Bicentenario	47
Trinca contra la educación	49
Ciudades atractivas	51
Las raíces históricas de la prosperidad	53

¿País inmóvil?	55
De campesinos a profesionales	57
Sueño americano en el trópico	59
Vanguardia silenciosa	61
Jornada escolar completa	63
3. IDEAS, LÍDERES E INTELLECTUALES.	65
Espuma de letras	67
La historia doble de la Costa	69
Krugman y el comercio entre las naciones	71
Felipe González y el desarrollo regional	73
Sobreviviendo al timonel	75
Entre primos	77
La “Nueva historia económica de Colombia”	79
Este país me va a gustar.	81
Aron	83
Kalmanovitz	85
El último de los mohicanos	87
Jugador de dominó	89
Virgilio	91
El retorno de la tribu.	93
La nueva historia económica	95
La curva del elefante.	97
Hermana mayor	99
Infancia en las sabanas	101
4. EL ARTE EN LAS LETRAS, LOS SONIDOS Y LAS IMÁGENES	103
Los desaparecidos	105
Israel-Palestina: ¿el paraíso cuándo?.	107
Mrs. Robinson	109
FIL Guadalajara 2019.	111
“Dos espías en Caracas”.	113
Pausa poética	115
Vuelve el Hay	117
Roberto Burgos Cantor	119

Turbulencia de colores	121
Compañeros de viaje	123
Realismo brutal.	125
Tocaimo	127
5. EL PAÍS DE LA PERIFERIA.	129
Cartagena: ¿cómo vamos?.	131
El clima y las desigualdades regionales	133
Puerto Nariño	135
¿Existen los sures?	137
Las largas noches de Mitú.	139
El voto Caribe y la leyenda de los tres sabios sufí	141
Inírida	143
Ciudad para soñar	145
Descentralización y desigualdades regionales	147
Magangué: sed y agua.	149
San Andrés, del puerto libre al proteccionismo	151
Elefantes blancos.	153
El olvidado Sur.	155
La Guajira indígena	157
Polarización urbana en Colombia	159
Departamentos y desigualdades	161
La selección de la periferia	163
La larga sombra del pasado.	165
Cada vez más desiguales	167
6. NOCIONES DEL DESARROLLO EN COLOMBIA.	169
La leyenda negra del radicalismo	171
¿Qué pasa en Pereira?	173
La historia cliométrica de Colombia	175
El viacrucis de la LOOT	177
El próximo presidente y su plan para Colombia	179
¿Milagro santandereano?	181
¿Un siglo de oro del crecimiento económico?.	183
La bogotización de Colombia	185

¿Currie 2.0?	187
Más altos y más anchos	189
Tropidream	191
“¡No give up, maan!”	193
¿Aplanadora tecnocrática?	195
SCADTA	197
La contraapertura	199
Paraísos personales	201
La democracia y sus amigos	203
¿Qué pasa en Bogotá?	205
Tigre en el papel	207
7. RASTROS DEL PASADO COLOMBIANO	209
Santander	211
Cartagena 1815	213
Chilapos, chocoanos y paisas en Urabá	215
Ascenso a Chairama	217
¿Qué está celebrando Cartagena?	219
Bolívar, 1812	221
¿De quién son las murallas de Cartagena?	223
Cartas de una cartagenera	225
Hablan los huesos	227
Chiribiquete	229
8. SOCIEDAD DEL BIENESTAR	231
Cartagena, capital cultural	233
Éxodo	235
Ministerio de los derechos del consumidor	237
La revolución de las sabanas	239
Terreno plano, ciudades altas.	241
Espacio y género	243
La reinención de Medellín.	245

9. TIEMPO DE CRISIS247
Crisis y avances249
Mafe251
Enfermedad holandesa y las regiones253
El desastre que no cesa255
El euro: ¿más indulgencias griegas?257
Corrupción y violencia259
10. UNA VISIÓN DE LA ECONOMÍA GLOBAL261
El Estado de malestar263
“ <i>We stole Panama</i> ”265
Colombia en las grandes ligas267
Obama y el pecado original.269
Estamos en Colombia271
La isla que no se repite273
Desastres y democracia275
Zapatero a tus zapatos.277
Institucionalistas y neocepalinos279
El tiempo braudeliano y los avances de Colombia.281
Casandra del desarrollo territorial283
¿Por qué no se cae?285
¿Por qué no Italia?287

Prólogo

Sin la pretensión vanidosa de protagonizar el papel convencional del intelectual público y movido más bien por la doble tracción de una pasión regionalista asumida con varios de sus compañeros de generación y de un sentido de urgencia por advertir, despertar y crear conciencia sobre una serie de temas claves para el territorio de su querencia, y en últimas por movilizar a la minoría potencialmente decisiva de ciudadanos que se informan regularmente a través de los medios, el economista Adolfo Meisel Roca comenzó en 2006 la andadura de una columna de opinión, la cual, siguiendo un itinerario similar al trazado por Gabriel García Márquez en sus comienzos periodísticos, alternó inicialmente entre los diarios *El Universal* de Cartagena y *El Herald* de Barranquilla, para emigrar desde 2008 a *El Espectador* de la capital del país.

En buena hora el libro que tenemos en las manos llega para recuperar, compendiar y entregarnos una valiosísima selección de esas columnas, que no han envejecido sino que, por el contrario, conservan plena vigencia en el tratamiento de las ideas y se leen o releen con gusto por la pertinencia y variedad de los temas, la originalidad de los enfoques y la frescura en el estilo de su escritor.

Durante los más de 15 años que ejerció como gerente de la sucursal en Cartagena, antes de ascender a la junta directiva a nivel nacional, el autor dirigió el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) del Banco de la República, donde publicó o lideró la publicación de decenas de documentos y reportes de investigación sobre economía, finanzas públicas, problemas

sociales e historia económica del Caribe y de otras regiones de Colombia, especialmente de la periferia. Un trabajo perseverante y altamente fructífero con un equipo que produjo una camada de excelentes investigadores e investigaciones, así como alianzas efectivas, encuentros y seminarios memorables, artículos indexados y libros indispensables para la bibliografía regional, y que promovió un conjunto de iniciativas e inquietudes que siguen resonando, como esa pregunta fundamental de: ¿Por qué perdió la Costa Caribe el siglo xx?

Supongo que un buen día Adolfo Meisel se preguntó cómo podía lograr más incidencia regional y nacional alrededor de todo el esfuerzo que venía adelantando y de manera natural miró las posibilidades que le ofrecían los medios de comunicación. Por ello, una característica central de estas piezas de análisis y crítica publicadas en periódicos es que buscan compartir con públicos amplios un conocimiento útil que desmonta mitos, explica cuestiones complejas y promueve la búsqueda de soluciones, basado en la investigación propia y en un proceso activo de actualización a través de lecturas académicas en los campos de la economía, la historia, la sociología y la cultura. Pero también, es preciso decirlo, estas piezas se nutren con sus aficiones, anécdotas, experiencias de identidad y se permiten desplegar un sentido del humor y una ironía que salpimientan y enriquecen textos que nunca se resignaron a convertirse en ladrillos académicos compactados en formato de columna.

Una de las líneas centrales de investigación, reflexión y debate del liderazgo de pensamiento ejercido por Adolfo Meisel ha sido su sana obsesión por la educación como motor de movilidad social, crecimiento personal, desarrollo social y superación de la desigualdad, lo que se evidencia en la lectura de muchos de los artículos compilados. Por ello celebro que en la plenitud de su madurez y productividad haya llegado a la rectoría de la Universidad del Norte, y que sea precisamente en su editorial donde se publique este libro, como contribución para demostrar que sí son posibles y cómo se pueden lograr las sinergias entre academia y medios, entre investigación y apropiación social del

conocimiento, entre ciencia y periodismo, entre pedagogía social y comentario de actualidad.

En la práctica esta publicación debe motivar a los colegas del rector, a profesores e investigadores, para que den un salto fuera de su zona habitual de confort y experimenten con la traducción periodística de sus estudios y reflexiones con destino a públicos más amplios que el alumnado cautivo, mediante las columnas y otros géneros, incluyendo las opciones de colaboración o coautoría con reporteros, cronistas y editores. Por otro lado, bien vale la pena en este contexto llamar la atención a los responsables editoriales, en una época en que se exploran distintas alternativas de sostenibilidad mediática para la generación de contenidos originales y desarrollo de nuevas audiencias, sobre la conveniencia de establecer alianzas estables y mutuamente beneficiosas con el sector académico, no limitándose a su utilización como fuentes expertas, lo que de todas maneras es recomendable, sino sumando fuerzas entre el conocimiento calificado de unos y los alcances y capacidades narrativas de otros, para entregar a la sociedad un mayor valor agregado, ampliando con explicaciones enriquecidas con rigor académico las informaciones basadas en hechos verificados, acercándonos al tipo de periodismo de interés público que merece ser reconocido y apoyado de manera ética como bien colectivo en el escenario de la democracia.

Ojalá la circulación de este libro sirva como campanada de alerta para que nos percatemos, en clave de tragedia colectiva, que su repertorio temático mantiene vigencia no solo por la calidad de los contenidos periodísticos, sino porque sencilla y lamentablemente no solo no hemos avanzado, sino que inclusive hemos retrocedido en algunos de los desafíos planteados por Meisel en más de quince años de sus columnas. Tal parece que ahora estamos perdiendo también el siglo XXI en materia de indicadores de desarrollo social, formación de capital humano, grado de industrialización, niveles de participación en la inversión pública, y marginación de los espacios de liderazgo nacional, a la par del debilitamiento de una élite que luce incompe-

tente para forjar un auténtico y efectivo compromiso Caribe. No vaya a ser que terminemos algún día frustrados, citando con sus propias palabras lo que podría ser un artículo premonitorio de Adolfo, aquí recogido: “Como Casandra, la princesa troyana que predecía catástrofes que se cumplían pero que era siempre condenada a que no le pusieran atención, lo que los dirigentes pronosticaron se cumplió, e incluso con mayor gravedad de lo que avizoraron”.

Afortunadamente los lectores se darán cuenta de que estos magníficos textos, surgidos del talento y del talante crítico pero a la vez benigno de nuestro autor, nos liberan de la desazón y nos devuelven la esperanza al abordar la divulgación e interpretación de hallazgos investigativos, ideas y pensadores, en la discusión de paradigmas que merecen ser revisados, en señalar caminos que vale la pena recorrer o al menos intentar, y sobre todo en la lectura amorosa que hace de nuestra identidad Caribe, de sus talentos artísticos en letras, sonidos e imágenes, de sus sabores y saberes populares, que trasmutan la pobreza material en riqueza cultural del territorio y que siempre han sido y serán superiores a la ineptitud de los liderazgos y políticas públicas y a la adversidad de la corrupción y la violencia endémicas.

Jaime Abello Banfi

Director General de la Fundación Gabo

Presentación

Frecuentemente se habla del placer que genera la lectura, que suele valorarse como una actividad que enriquece el intelecto de quienes la practican regularmente. Obviamente, son muchos los lectores que, a partir de su experiencia, dan cuenta del impacto que ha tenido en sus vidas la interacción con los libros y con diversos autores. Muy distinto ocurre con el ejercicio de escribir, pocas reflexiones suscita este acto de creación entre quienes lo ejercen como oficio principal. También, obviamente, son menos los escritores que los lectores.

Borges, siempre irónico, decía que él se definía fundamentalmente como un lector, pues uno lee lo que quiere, pero escribe lo que puede. Mucho menos severo consigo mismo, Graham Greene solía exaltar el placer de la escritura diciendo que “escribir es una forma de terapia; algunas veces me pregunto cómo aquellos que no escriben, componen o pintan logran enfrentar la locura, la melancolía, que es inherente a la condición humana”.

En mi caso el gusto por la lectura llegó tempranamente y más tarde empecé a sentirme atraído por la escritura. Aún estaba en el colegio, cuando se me dio por incursionar en la poesía sentimental amateur: acaso ¿Quién no ha cometido versos en Colombia? De la calidad de esa aventura del lápiz y el papel no hay mucho que contar, pero esa intención juvenil me llevó a familiarizarme con las normas de la escritura, que luego concreté escribiendo artículos académicos, lo que ha absorbido buena parte de mi actividad profesional.

A diferencia de mi interés genuino y gustoso de irrumpir en la poesía, escribir artículos académicos y de investigación es un

oficio menos placentero, que está regido por la rigurosidad que impone el criterio científico en cuanto a la exigencia de la evidencia, la redacción escueta y la concentración en el desarrollo de los argumentos. Ello dista mucho de la escritura libre que nos permite la literatura.

Mucho más libre parece ser la elaboración de artículos de opinión, que hacen parte del lenguaje periodístico. Aunque es necesario ceñirse a los hechos, no se tienen limitantes de precisión o sustentación completa de la evidencia que sí son exigidos por la academia. Durante algunas etapas de mi vida he incursionado como columnista regular de opinión en periódicos del país. Entre 2006 y 2008, desde mi posición como gerente de la sucursal del Banco de la República en Cartagena empecé a publicar columnas de opinión en dos de los medios regionales más leídos del Caribe colombiano: *El Herald* (Barranquilla) y *El Universal* (Cartagena). Luego, entre 2008 y 2013 mis columnas llegaron al periódico *El Espectador*, con un alcance nacional, hasta que suspendí las publicaciones por ser un requisito para posesionarme como codirector de la Junta Directiva del Banco de la República en ese mismo año. Al asumir la rectoría de la Universidad del Norte, en 2018, retomé mi ejercicio como columnista en *El Espectador*, que mantuve hasta 2020. Precisamente, esta recopilación de columnas de opinión que les presento se hizo a partir de una selección de las publicadas durante mis dos etapas en *El Espectador*.

De mi experiencia como columnista, puedo decir que, al ser una tarea periódica, se vuelve rutinaria y emocionante. A veces, podía sentir que lograba cierta conexión con las musas y escribía una columna ágil, amena y veraz, con la que otras personas podían disfrutar. Otras veces, me enfrentaba a eso que llaman el “síndrome de la hoja en blanco” o el bloqueo que puede surgir al momento de escribir. Como resultado de esta dicotomía, debo aceptar que algunas columnas sean mejores que otras. Lo mismo podríamos decir de los libros de cualquier autor reconocido, hace parte de este ejercicio creativo que es escribir.

Considero la escritura como un oficio artesanal, de esos que es poco probable que lleguen a automatizarse, aunque proliferen cada vez más los programas de inteligencia artificial que pareciera pueden hacer hasta lo más impensable. Confío en que el buen arte, como escribir una novela de esas que han marcado la historia de la humanidad, nunca pueda ser creado por un *software*; por lo menos en estos momentos es una quimera.

La investigación académica también es un oficio artesanal. Requiere el cuidado, la atención y la flexibilidad para tomar decisiones todo el tiempo sobre la escogencia de los insumos, el énfasis que se le debe dar a un documento y el contexto en que se debe situar la evidencia. Fue esta, precisamente, la razón para dejar de escribir columnas de opinión: finalizar varios documentos y resultados de investigaciones que tengo en curso para que sean publicados, lo que demanda paciencia, concentración y persistencia, es decir, es una obra artesanal en su acepción más íntima.

Una de las investigaciones en que trabajo actualmente tiene que ver con la productividad y su relación con la edad. Casualmente, es un tema afín al primer trabajo de investigación que publiqué en mi vida, hace 43 años. En particular me ha sorprendido por las marcadas diferencias entre cómo trabajaba antes y cómo lo hago ahora. Por ejemplo, no avanzo más rápido, sino todo lo contrario: cuando estaba joven escribía rápido y de un solo tirón, a mano (no había computadores) y luego lo pasaba a máquina de escribir sin mayores cambios. Ahora el computador me permite hacer cambios una y otra vez. Pero, sobre todo, observo que avanzo lento, casi tortuosamente.

Ernesto Sábato contó en una entrevista que le sorprendía cómo Graham Greene, quien en su concepto tenía libros maravillosos, también tenía publicaciones que estaban lejos de sus mejores trabajos. En alguna ocasión tuvo la oportunidad de preguntarle directamente la razón por la cual se había permitido publicar libros que, a su juicio, distaban del mejor Graham Greene. La respuesta fue simple por parte del escritor: “Es que todos esos libros me han producido el mismo placer”. No sé si

la respuesta fue una lección de humildad, una expresión de su sabiduría, o ambas, pero de todos modos me resulta admirable. Tampoco aspiro a ponerme al lado de autores de tal envergadura y trayectoria; solo utilizo esta referencia para confesar que me gusta escribir y lo hago recurrentemente, pero aquí me cobijo en la modestia profesada por Jorge Luis Borges, que en su caso suena irónico, cuando dice considerarse principalmente un lector, antes que escritor.

1.

LA IDENTIDAD DEL
CARIBE NUESTRO

Tubará

2 de mayo de 2009

Tubará es una palabra de origen arawak que significa “mirar al mar”. También es el nombre de un municipio costeño donde se encuentran parajes en los que se puede observar el mar Caribe en todo su esplendor. No es un accidente que el recorrido por el Museo del Caribe, inaugurado el pasado 24 de abril en Barranquilla, se inicie con un viaje por la identidad y la historia de nuestra costa norte, cuyo primer plano es el fondo del mar, para luego viajar en segundos desde el fondo submarino hasta las nieves eternas de la Sierra Nevada, gracias a la magnífica museografía del experto brasileño Marcelo Danta.

La segunda sala es la de la gente, donde se narra la historia de nuestros múltiples y heterogéneos antepasados. Le sigue la sala de la palabra, donde se celebra la riqueza oral y narrativa de la región. La voz de Meira Delmar, de una familia de origen fenicio y madurada literariamente al sol de Barranquilla, ilumina una de las cabinas en esa sala.

En la sala de la acción se cuenta la historia social, política y económica de la región. En una inmensa pared de esa sección se ubica una colección de los artefactos y utensilios del trabajo, que cautiva por la economía de su artística composición. Allí se presentan como en un *ready made* hélices de los viejos aviones DC-3 de Avianca (Scadta), una prensa para reducir el tabaco que de los Montes de María se exportaba a los mercados de Europa, un trapiche manual con el que los campesinos de Córdoba extraían la miel de la caña de azúcar, rejos de enlazar ganado provenientes de las sabanas de Bolívar, las jaulas de los pajareros de Mompo, y los ralladores para hacer cocadas de Cartagena, entre muchos objetos más del trabajo cotidiano de los hombres y mujeres de la Costa. La curaduría de esta sección estuvo a cargo del artista Cristo Hoyos, quien recorrió durante meses la región para adquirir con un exiguo presupuesto los objetos que agrupó.

Finalmente, se llega a la sala de la expresión, donde hay una explosión de alegría, de música, de movimiento, y en las

paredes se proyectan figuras humanas de tamaño natural que interpretan diferentes ritmos, como el porro, fandango, bullerengue, chalupa y la cumbia, entre otros.

Bien por su gestor, Gustavo Bell; bien por su directora, Carmen Arévalo; bien por el arquitecto que diseñó el edificio, Giancarlo Mazzanti: el país necesita museos de gran calidad y pertinencia como este. En una columna reciente en *El País* de Madrid señaló el escritor Mario Vargas Llosa: “Los museos son tan necesarios para los países como las escuelas y los hospitales. Ellos educan tanto y a veces más que las aulas y sobre todo de una manera más sutil, privada y permanente que como lo hacen los maestros... Los museos reemplazan la visión pequeñita, provinciana, mezquina, unilateral, de campanario, de la vida y las cosas por una visión ancha, generosa, plural”.

Ese espíritu es el que debe orientar a quienes aspiren a conducir a Colombia por una senda de crecimiento, paz e inclusión social en el siglo XXI. Por estas razones, los invito a conocer el Museo del Caribe y a contemplar en un atardecer soleado el mar desde Tubará, como lo hicieron durante cientos de años sus pobladores indígenas y lo siguen haciendo sus pobladores de hoy.

10 de octubre

17 de octubre de 2009

El 10 de octubre pasado se celebró el día de la Costa Caribe. Como parte de los actos conmemorativos se realizó un encuentro en el Teatro Amira de la Rosa de Barranquilla, donde se discutieron temas políticos, presupuestales, históricos y económicos y en el cual intervinieron los gobernadores caribeños, además de congresistas, ministros y académicos de la región. En la noche, la celebración se trasladó al parque del Museo del Caribe, donde hubo manifestaciones artísticas de diferentes zonas de la Costa. Todas estas actividades fueron transmitidas por Telecaribe, lo cual garantizó que millones de costeños compartieran, una vez más, su pertenencia a esta comunidad imaginada que es el Caribe, componente fundamental de la nación colombiana

¿Por qué celebrar un día de la Costa Caribe? ¿Por qué hacerlo precisamente el 10 de octubre? El regionalismo ha sido una de las fuerzas políticas y culturales decisivas en la historia de Latinoamérica. Con más de nueve millones de habitantes, los departamentos del Caribe colombiano superan en población a la mayoría de los países de la región. Aunque la influencia de la Costa en la vida cultural del país es decisiva, y así se reconoce, no ocurre lo mismo en las esferas económicas y políticas. De hecho, hay un evidente rezago en su desarrollo económico y las políticas económicas nacionales a lo largo de los últimos 100 años le han sido adversas.

Ese rezago económico y el marginamiento del poder político ejecutivo (Presidencia de la República, equipo económico) han ido creando entre los habitantes de la Costa Caribe la percepción de un tratamiento de colonia interior, donde en últimas lo que se busca es tener por dónde pasar las carreteras para acceder a los puertos, ir a la playa a fin de año o ir a escuchar vallenatos. Todo ello ha galvanizado la voluntad regional, que quiere cada día expresar de manera más clara su identidad caribe. Manifestaciones ilustrativas de lo anterior son el Observatorio del Caribe y su agenda académica, que se extiende

desde La Guajira hasta San Andrés y Providencia, Telecaribe, el Festival del Porro en San Pelayo, el Festival Vallenato, el Carnaval de Barranquilla y muchas otras fiestas y festivales. Todo ese sentimiento de comunidad, de identidad cultural, se recoge ahora en una fecha central: el 10 de octubre, día de la región Caribe.

La razón por la cual se escogió ese día es porque el 10 de octubre de 1821 las tropas patriotas que habían sitiado a Cartagena entraron a la ciudad a las 8:00 a.m. para hacer efectiva la rendición del ejército español. El gobernador español Torres había firmado la rendición del último bastión de la Corona en el territorio de Nueva Granada el 22 de septiembre en la Hacienda Torrecilla, en las proximidades de Turbaco.

El 10 de octubre de 1821 se bajó el pabellón español de los diferentes baluartes y murallas de Cartagena y se izó la bandera de Colombia. Se trata, entonces, de una fecha fundamental en la historia nuestra y que había sido hasta ahora olvidada en la historiografía que se definió durante años como nacional. En adelante será también el día de la Costa Caribe.

Camino a Cocoplum Bay

28 de noviembre de 2009

Cocoplum bay es uno de los lugares más hermosos de Colombia. Sus playas bordeadas de cocoteros y aguas azul aguamarina, valga la redundancia, alegran el espíritu siempre que uno vuelve a San Andrés. Además, tiene la ventaja de estar alejado del norte de la isla, donde se concentran la mayoría de los turistas y la actividad comercial.

El sector de la bahía Cocoplum cuenta ahora con un atractivo turístico adicional, el Jardín Botánico de la Universidad Nacional. Subiendo desde la carretera circunvalar poco más de un kilómetro, por la Harmony Hall Hill, se encuentra una magnífica colección de la vegetación caribeña, además de una zona de conservación del bosque insular. En total son unas ocho hectáreas, en cuyo sendero principal se puede observar la vegetación típica de las islas del Caribe, debidamente identificada con sus nombres científicos y populares.

En la colección del jardín botánico de San Andrés se encuentran aproximadamente 300 especies de plantas. Muchas de ellas están amenazadas, razón adicional por la cual la labor que cumple esta institución es tan necesaria. Una de esas especies en peligro es el muy caribeño hicaco, conocido en San Andrés y Providencia por su nombre en inglés: Cocoplum.

El diseño arquitectónico del Jardín botánico es del arquitecto Santiago Moreno y su promotor, organizador, y alma y corazón, es el biólogo Peter Lowy. Sin duda, un trabajo hecho con amor, como podrán constatar quienes hagan el recorrido, el cual se puede hacer cómodamente en unos 45 minutos. Las guías que acompañan a los visitantes, como Yaira, han sido muy bien entrenadas y presentan la información de una manera agradable y precisa.

En el punto más alto del jardín se construyó un mirador con 12 metros de altura y desde el cual es posible observar buena parte del centro y de la parte oriental de la isla. La densa zona de cocoteros que se ve hacia el occidente es muy

parecida al paisaje que cubrió la mayor parte de San Andrés en el período 1850 y 1950, cuando la isla vivió un inmenso auge económico sobre la base de las exportaciones de coco.

Solo una observación tendría que hacerles a los directivos del Jardín Botánico de San Andrés: valdría la pena ponerle un nombre menos institucional. Tal vez podría ser un referente al lugar donde está ubicado. Por ejemplo, Cocoplum Botanical Garden. Otra alternativa sería hacerle un justo reconocimiento al profesor James J. Parsons, el gran geógrafo de la Universidad de Berkeley, poniéndole su nombre. Parsons dedicó su vida al estudio de la geografía física e histórica de Colombia. Su trabajo más conocido es la obra clásica sobre la colonización antioqueña, pero también elaboró un magnífico escrito sobre el archipiélago de San Andrés y Providencia, publicado en 1956.

Tal vez la mejor hora para visitar el Jardín Botánico de San Andrés es a media mañana, cuando aún no hace tanto calor. Un complemento ideal es seguir un poco más adelante de la bahía de Cocoplum hasta los restaurantes que están ubicados al frente de la playa en la zona de San Luis. Vale la pena almorzar en uno de ellos, pues en pocos sitios puede uno bañarse en una playa paradisíaca mientras se cocina una cazuela de cangrejo.

San Jacinto I

7 de agosto de 2010

San Jacinto (Bolívar) es una de a las principales poblaciones de los Montes de María. Es un pueblo con una larga tradición artesanal que se destaca en el tejido de las hamacas. Al pasar por allí se encuentran a la orilla de la carretera muchísimos locales comerciales que ofrecen esas artesanías. Esos negocios atienden a muchos de los viajeros; sin embargo, casi ninguno de estos entra a la población. Ahora habrá un buen motivo para hacerlo: el Museo Etnoarqueológico de los Montes de María (MEMM). Hace pocos días, regresando de Sincelejo a Cartagena, decidí entrar a San Jacinto. Valió la pena.

En este momento el MEMM está ubicado en una casa de una planta, en condiciones. que no son las mejores, pero la sorpresa fue conocer el sitio donde se mudará en pocos días. Con muy buen criterio el alcalde actual tomó la decisión de construir una nueva sede para las oficinas de la Alcaldía y le entregó una bella casa en la plaza central, con la característica arquitectura republicana de las sabanas de Bolívar, construida en 1908. Allí funcionará, además, una escuela de música, otra de las actividades en las que se ha destacado San Jacinto.

La colección del MEMM se ha venido formando desde hace más de 20 años con las cerámicas que iban encontrando los habitantes locales y que llevó a un grupo de jóvenes visionarios a proponer que se iniciara con esos objetos un museo municipal. Entre esos estaba Jorge Quiroz, quien es precisamente el actual director del Museo. En 1986, Quiroz y algunos otros integrantes de lo que llamaron el Comité Cívico Cultural les escribieron a los directivos del Museo del Oro en Bogotá para que los asesoraran en esa iniciativa. El Museo del Oro envió para ese efecto al joven arqueólogo Augusto Oyuela, quien además de cumplir con la tarea que le encomendaron, recorrió algunos de los sitios arqueológicos del lugar.

Al regresar a Bogotá, Oyuela obtuvo apoyo para iniciar una primera excavación en el sitio que denominó San Jacinto I, donde encontró cerámicas, fogones y abundante material lí-

tico. Usando datación de carbono catorce, con material vegetal, pudo constatar que las fechas más antiguas para los habitantes de ese lugar, que eran cazadores recolectores semisedentarios, se remontan unos 5700 años antes del presente. Es decir que en San Jacinto I se encontraron algunos de los objetos cerámicos más antiguos que se conocen en toda América. Es, pues, un sitio arqueológico de la mayor importancia y sus habitantes actuales hacen bien en organizar, con sus propios recursos, un museo donde los materiales encontrados allí y en otros sitios vecinos se puedan conservar y estudiar. Son el producto del trabajo de sus antepasados y, por lo tanto, elementos fundamentales de su identidad.

Es admirable que este museo haya sido el producto de la iniciativa local, de un grupo de jóvenes, que ya no lo son tanto, que durante décadas mantuvo viva esa idea con tesón. También es sorprendente el ejemplo de toda esta comunidad, pues las piezas de la colección no han sido adquiridas, sino que cuando las encuentran los sanjacinteros las llevan al Museo y reciben entonces un certificado en el que consta que son socios de este proyecto. Este es un magnífico ejemplo de las cosas buenas que se pueden lograr con la descentralización.